

HISTORIAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA: AVANCES CIENTÍFICOS Y VISIONES IDEOLÓGICAS EN LOS SIGLOS XIX Y XX

Ramón del Río (Universitat Autònoma de Barcelona)

Resumen/ Resum / Abstract

El artículo es un estudio historiográfico de las distintas visiones de la Revolución Francesa, que incluye los avances científicos en el análisis del tema desde la propia revolución hasta nuestros días (Barnave, Staël, Tocqueville, Jaurès, Labrousse, Lefebvre, Soboul, Rudé, Vovelle, etc.), así como las visiones puramente ideológicas y partidistas desarrolladas en los siglos XIX y XX (Historiografías contrarrevolucionaria, liberal moderada, republicana socialista, marxista de *catecismo*, conservadora de la época de la *Guerra Fría*, etc.). El objeto del artículo es justamente diferenciar estas visiones ideológicas, que siguen apareciendo con frecuencia en los manuales, del conocimiento histórico que tenemos en la actualidad de la Revolución Francesa.

L'article és un estudi historiogràfic de les diferents visions de la Revolució Francesa, que inclou els avanços científics en l'anàlisi del tema des de la pròpia revolució fins als nostres dies (Barnave, Staël, Tocqueville, Jaurès, Labrousse, Lefebvre, Soboul, Rudé, Vovelle, etc.), així com les visions purament ideològiques i partidistes desenvolupades en els segles XIX i XX (Historiografies contrarrevolucionària, liberal moderada, republicana socialista, marxista de catecisme, conservadora de l'època de la Guerra Freda, etc.). L'objecte de l'article és justament diferenciar aquestes visions ideològiques, que segueixen apareixent amb freqüència en els manuals, del coneixement històric que tenim en l'actualitat de la Revolució Francesa

The article is a historiographic study of the different visions about the French Revolution, which includes the scientific advances in the analysis of the subject from the Revolution to the present day (Barnave, Staël, Tocqueville, Jaurès, Labrousse, Lefebvre, Soboul, Rudé, Vovelle, etc.), as well as the purely ideological visions developed in the XIXth and XXth centuries (Counter-revolutionary, Liberal Moderate, Socialist Republican, Marxist of *catechism*, Conservative at the time of the Cold War historiographies, etc.). The object of the article is precisely to differentiate these ideological visions, which continue appearing in the manuals frequently, from the historical knowledge that we have at the present of the French Revolution.



95

Palabras clave / Paraules clau / Key Words

Revolución Francesa, Historiografía, Ideologías, Feudalismo, Pueblo, Clases sociales, Lucha de clases.
Revolució Francesa, Historiografia, Ideologies, Feudalisme, Poble, Clases socials, Lluita de classes.
French Revolution, Historiography, Ideologies, Feudalism, Absolutism, Liberalism, People, Social Classes, Class Struggle.

La revolución Francesa es, sin duda, uno de los temas históricos de la Edad Contemporánea más tratados en el XIX e incluso en gran parte del XX, hasta que en la década de 1970 comenzó a ser desplazada en Francia por *relatos* eróticos medievales — la mal llamada *historia* de las mentalidades— y a partir de los 80, como consecuencia de la crisis de la historia, por múltiples temas históricos antes poco tratados pero convertidos en especialidades cerradas —*historia de la marginalidad*, las mentalidades, género, etc.— o por elucubraciones *culturalistas*. Eso sí, tanto por ser uno de los temas históricos más tratados, como por el hecho de que la Revolución Francesa inició una

nueva época en Europa y en el mundo, es también uno de los temas más plagado de visiones acientíficas puramente ideológicas. *Catecismos* políticos en sentido estricto, como en el caso de la mayoría de los historiadores marxistas del XX, que utilizarán el esbozo de la historia de Marx como una verdad absoluta o *catecismo* en el que sólo había que *hacer encajar* los datos históricos formales, o *catecismos* políticos en el sentido de utilizar cualquier tema histórico, lógicamente manipulando los datos, como propaganda ideológica.

De hecho, estas visiones ideológicas ya comenzaron en el mismo periodo de la revolución, aunque en realidad, más que visiones del proceso revolucionario, eran virulentas críticas sin la mínima apariencia de análisis histórico. Una de las primeras fue la que hizo en 1790 el whig británico Burke, que obviamente aceptaba el régimen liberal francés, pero no el principio radical de la soberanía nacional, los métodos violentos que se emplearon para establecer el liberalismo y —dado que en la revolución inglesa del XVII no la hubo—la desamortización eclesiástica:

[La desamortización eclesiástica era un] ultraje cometido contra todo derecho a la propiedad (...), [y además un paso] provisional y transitorio, en preparación para una abolición total de la religión cristiana bajo cualquiera de sus formas (...). Los pretendidos derechos (...) son todos ellos excesivos; y en la misma medida en que son metafísicamente correctos, son moral y metafísicamente falsos (...). Para estos teóricos, el derecho del pueblo casi siempre se confunde sofisticadamente con su poder (...). Los hombres no tienen derecho a lo que no es razonable ni a lo que no es para su beneficio (...). Desde hacía algunos años, la conjura literaria había venido diseñando algo así como un plan regular para la destrucción de la religión cristiana¹.

El argumento de la *conjura* de Burke sería utilizado en seguida por los *historiadores* contrarrevolucionarios, aunque, claro, éstos, a diferencia del liberal británico, no aceptaban ni siquiera el régimen liberal. Así, Barruel aseguró que la revolución era consecuencia de una conjura de sectas tenebrosas minoritarias, como la masonería o la Ilustración, que pretendían acabar con todos los tronos y la religión². Pero Maistre, siguiendo el principio religioso de que todo es obra del *designio divino*, prefirió alejarse de una *causa* histórica *humana* como era la *conjura* y afirmó que la revolución era una especie de juicio final con la que Dios castigaba a los hombres por sus pecados, utilizando a los revolucionarios como simples marionetas³.

Sin embargo, paralelamente a las visiones acientíficas puramente ideológicas, el conocimiento histórico de los complejos procesos que se dieron en la Revolución Francesa y, en general, en cualquier revolución liberal-burguesa fue avanzando pasito a pasito desde el mismo inicio de la revolución hasta hoy. No quiero decir que estos estudios sean *inmaculados* y *puros*, porque toda visión de la historia, expresa o implícitamente, encierra una ideología. Lo que quiero decir es que estos historiadores

¹ E. Burke, *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, Alianza Editorial, Madrid, 2003 (1ª 1790), pp. 107, 169, 174 y 223.

² Abate Barruel, *Memorias para servir a la historia del jacobinismo*, Imprenta de Felipe Guast, Palma de Mallorca, 1813-1814 (1ª 1797-1798), 4 vols. Afirmó que había utilizado documentos masones, pero, para poder acceder a esta documentación secreta, tenía que ser masón, por lo que es más lógico suponer que la obra es fruto, básicamente, de su *mente calenturienta*.

³ J. de Maistre, *Consideraciones sobre Francia*, Tecnos, Madrid, 1990 (1ª 1796).

fueron capaces de investigar y llegar a conclusiones *en función de su investigación*, aunque éstas contradijeran, al menos en parte, su propia ideología —caso del marxismo renovador—, o que, como mínimo, se puede desligar las aportaciones históricas de sus trabajos de la ideología que las acompañaba. Con todo, a pesar de estos grandes avances, en la actualidad, sorprendentemente —o no tan sorprendentemente—, parece que algunos especialistas se sienten más cómodos en esa vuelta (pese a que la llamen *nueva*) a la simple historia política —consecuencia también de la crisis de la historia—, olvidando los análisis de clases sociales y enfrentamientos de clases que, como veremos, la historiografía más seria había ido planteando.

No pretendo con esta reflexión sobre las visiones de la Revolución Francesa aportar algo nuevo a la mayoría de los historiadores especialistas en las revoluciones liberales —como es mi caso—, pero puede tener alguna utilidad para los no especialistas y, sobre todo, para los estudiantes de historia contemporánea, dado el pobre conocimiento de la historia con el que llegan a la universidad en los últimos años. Por ello, he preferido emplear un lenguaje más coloquial y comprensible que el *argot* que utilizamos habitualmente los especialistas, así como remarcar los debates y visiones más relevantes, pese al riesgo de perder algunos matices.

XIX: Pasos científicos y catecismos moderados y socialista

Los primeros pasos científicos en el estudio de la Revolución Francesa los dieron los propios historiadores liberales franceses. Estos historiadores partían de la visión liberal de la historia que desde *El Leviatán* de Hobbes en 1651, en plena revolución británica, habían ido desarrollando después Locke, Hume y, finalmente, Smith en 1776 con *La riqueza de las naciones*⁴: siguiendo el primer esbozo de la teoría evolucionista de las especies planteado por los griegos de la Antigüedad, consideraron que la historia era también un proceso evolutivo (lo de hoy es consecuencia de lo de ayer), que pasaba por diferentes etapas con características semejantes en todas partes (*leyes generales*) y se basaba sólo en *causas humanas*. Visión liberal que se enfrentaba a la cristiana —todo se debía al *designio divino*—, que desde la Edad Media había *secuestrado* en los monasterios (igual que el esbozo del evolucionismo) las *causas humanas* en la historia apuntadas ya por griegos y romanos y neutralizado los pocos intentos, como el de Maquiavelo en el Renacimiento, de volver a plantear estas *causas humanas*. Por tanto, no olvidar —aunque muchos manuales digan lo contrario— que los historiadores liberales franceses partían de la visión liberal —y laica— de la historia, y no de ilustrados como Rousseau, que —a pesar de las invenciones interesadas que hicieron de su obra las distintas opciones revolucionarias francesas (*como dijo Rousseau...*)⁵— partía, por el contrario, de una concepción cristiana del hombre (*bueno por naturaleza*) frente a la evolucionista de Hobbes (retratada a los primeros humanos como animales que disfrutaban matando, violando o robando) y no tenía ni idea, no ya de la democracia *liberal*, sino ni siquiera del régimen liberal y sus principios, como se puede comprobar si uno lee su *Contrato Social* más allá de la primera frase:

⁴ T. Hobbes, *Del Ciudadano y Leviatán*, Tecnos, Madrid, 2002; J. Locke, *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, Alianza Editorial, Madrid, 2002 (1ª 1690); D. Hume, *Escritos políticos*, Tecnos, Madrid, 1994 (1ª 1741-1742 y 1758); y A. Smith, *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1983 (1ª 1776), 3 vols.

⁵ Ver, por ejemplo, I. Castells, «La Revolución Francesa: jacobinos y jacobinismo», en L. Roura e *Id.* (eds.), *Revolución y democracia. El jacobinismo europeo*, Ediciones del Orto, Madrid, 1995, pp. 1-40, en concreto pp.15 y 22.



*El hombre ha nacido libre, y en todas partes está encadenado (...). Como la libertad no es fruto de todos los climas, no está al alcance de todos los pueblos (...). [Por ello], la monarquía conviene (...) a las naciones opulentas; la aristocracia, a los Estados de mediana riqueza y mediana extensión; la democracia, a los Estados pequeños y pobres (...). Tomando el término en su rigurosa acepción, no ha existido nunca verdadera democracia, ni existirá jamás. Va contra el orden natural que el gran número gobierne y el pequeño sea gobernado (...). ¿Cómo una multitud ciega que a menudo no sabe lo que quiere, porque no suele saber lo que es bueno para ella, ejecutaría por sí misma una empresa tan grande, tan difícil, como es un sistema de legislación? (...). Todos necesitan guías (...). Si hubiera un pueblo de dioses, se gobernaría democráticamente. Un gobierno tan perfecto no conviene a los hombres*⁶.

Ahora bien, a pesar de que partían de la visión liberal de la historia de Smith, los historiadores liberales franceses no aceptaron su planteamiento *economicista* de que el paso de una etapa a otra era debido *sólo* al desarrollo económico, suposición ideológica que el escocés debió intentar colar para no *dar alas* a los radicales ingleses de finales del XVIII, calculando que había pasado ya más de un siglo desde que la revolución cortara la cabeza de Carlos I en 1649 y que, por ello, la violencia revolucionaria no estaba ya tan presente en la mente de la mayoría de los británicos. Pero los historiadores liberales franceses, la mayoría de los cuales vivió el periodo revolucionario al menos de niño, corrigieron a Smith e introdujeron como *causas* en el paso de la etapa feudal (*Agricultura* en el texto de Smith) a la liberal-capitalista (*Comercio*) no sólo el desarrollo económico, sino también el análisis de las clases sociales, el enriquecimiento de la burguesía y los enfrentamientos de clases entre la burguesía y los estamentos de la nobleza y el clero, enriquecimiento y enfrentamientos que habrían sido impulsados por ese previo desarrollo económico. De hecho, fue esta historiografía liberal francesa la que inventó el concepto de *lucha de clases* que luego desarrollaría con más detalle Marx⁷. Así, el liberal moderado Barnave —poco antes de ser ejecutado en 1793 por defender a Luis XVI, a pesar de sus intentos conspiradores, al creer que de esta forma neutralizaba las peticiones de los emigrados a las potencias absolutistas— dejó escritas unas *reflexiones* sobre la revolución, en las que, entre otras cosas, decía:

Los dos órdenes privilegiados que formaban todavía la máquina del gobierno estaban arruinados por su lujo y degenerados por sus costumbres. El tercer estado, por el contrario, había adquirido grandes luces e inmensas riquezas. La nación sólo se contenía por la costumbre de la esclavitud y porque pensaba que era imposible romper sus cadenas; pero la opinión, que el gobierno refrenaba, había hecho inmensos progresos en la base de la nación (...). La nobleza y el clero, unidos por la intención común de conquistar tanta influencia como pudieran sobre el trono y no conceder nada al pueblo, o lo menos posible, estaban fuertemente ligados a las normas de 1614. Estas normas, que daban a cada orden [en los Estados Generales] el derecho a deliberar por separado y a

⁶ J-J. Rousseau, *El contrato social*, Aguilar, Madrid, 1978 (1ª 1762), pp. 6, 41, 70-71 y 81-83. Y obviamente en sus proyectos de *Constitución* para Polonia o los corsos no planteó ningún tipo de elecciones: *Id.*, *Proyecto de Constitución para Córcega. Consideraciones sobre el Gobierno de Polonia y su proyecto de reforma*, Tecnos, Madrid, 1988.

⁷ Esto mismo señala J. Fontana: *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982, pp. 98-99.

*oponer su voto negativo a las propuestas de los otros dos, les garantizaban la conservación de sus privilegios (...). Los comunes, sin compartir todos las mismas ideas, tenían sin embargo por principal objetivo debilitar los privilegios (...), por lo que se empeñaban en que se votase por cabezas (...). En estas dos alternativas veían los unos todos sus medios de conservación y los otros todas sus esperanzas de éxito*⁸.

E, igualmente, a Mme. Staël —hija del ilustrado Necker— su *vida alegre* no le impidió hacer unas serias *Consideraciones sobre la Revolución Francesa* —publicadas en 1818, un año después de su muerte—, en las que señalaba:

*Mientras las clases privilegiadas llevaban una gran existencia por sí solas, se podía gobernar el Estado como una corte, manipulando hábilmente las pasiones o los intereses de algunos individuos; pero, a partir del momento en que la segunda clase de la sociedad, la más numerosa y la más activa de todas, descubrió su importancia, se hicieron indispensables el conocimiento y la adopción de un sistema de gobierno más amplio (...). Los jóvenes y los extranjeros que no han conocido la Francia anterior a la Revolución y que hoy ven al pueblo enriquecido por la división de las propiedades y la supresión de los diezmos y del régimen feudal, no pueden tener idea de la situación del país, cuando la nación soportaba el peso de todos los privilegios. Los partidarios de la esclavitud, en las colonias, han afirmado a menudo que un campesino de Francia era más desdichado que un negro*⁹.

Y estas reflexiones de Barnave y Staël, que incluían el análisis de las clases sociales y de los enfrentamientos de clases, se convirtieron en estudio histórico en el caso del historiador *profesional* (permítaseme el término aunque hablemos de 1856) Tocqueville: el enriquecimiento de la burguesía, incluyendo en ella a un sector de los campesinos —frente a la visión *urbanita* de la revolución de Smith o de Marx en 1848, de la que luego hablaremos—, había llevado a la progresiva erosión del régimen feudal —haciéndolo menos *duro* que el de la Europa central-oriental— y a que, por ello, los campesinos lo rechazasen con más virulencia, ya que la riqueza les había hecho más *sensibles* a la opresión:

*¿Por qué (...) los mismos derechos feudales despertaron en el corazón del pueblo francés un odio tan grande que sobrevivió a su propio objeto y por ello se antoja inextinguible? (...) La causa de este fenómeno es que el campesino francés se había constituido en propietario territorial (...). No siempre sobreviene una revolución cuando se va de mal en peor. La mayoría de las veces ocurre que un pueblo que había soportado sin quejarse, y como si no las sintiera, las leyes más abrumadoras, las repudia con violencia cuando se aligera su carga (...). El feudalismo en su pleno apogeo no había inspirado a los franceses tanto odio como en el momento en que iba a desaparecer. Las más leves arbitrariedades de Luis XVI parecían más difíciles de soportar que todo el despotismo de Luis XIV*¹⁰.

⁸ Citas en A. Martínez Arancón (ed.), *La Revolución francesa en sus textos*, Tecnos, Madrid, 1989, pp. 47 y 52.

⁹ Citas en A. Schaff, *Historia y verdad*, Crítica, Barcelona, 1983, pp. 25-26.

¹⁰ A. de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996 (1ª 1856), pp. 116 y 256-257, ver también pp. 105 y 109.



Sin embargo, a pesar de estos importantes pasos en el conocimiento científico de la Revolución Francesa, la mayoría de la historiografía liberal francesa —y, desgraciadamente, quizá la más conocida— se limitó a utilizar ideológicamente el tema para sus enfrentamientos políticos en el XIX¹¹. Por un lado, los liberales moderados —los historiadores Thiers y Guizot fueron pesos pesados en los gobiernos de Luis Felipe—, que frente al régimen político-institucional de Carta otorgada de Luis XVIII impusieron en 1830 un régimen liberal pleno, pero con sufragio de clases altas y aplastando a los opositores defensores del sufragio universal masculino, republicanos o no. Y, por otro, los republicanos socialistas, que tuvieron un gran protagonismo en los primeros momentos de la revolución de 1848 —el historiador Blanc fue ministro del gobierno provisional—, hasta que las elecciones por sufragio universal masculino de abril de 1848 los redujeron políticamente a la mínima expresión.

Los historiadores liberales moderados publicaron libros sobre la Revolución Francesa con muchos grabados y dibujos —como las enciclopedias de hoy—, centrándose en *relatar* las *batallitas políticas* después de 1789 en París —poco o nada del conjunto de Francia— con muchas *citas históricas*, aunque más *de oídas*, ya que no incluían ninguna justificación documental. *Relatos* que tenían un objetivo claro: denostar el 93 —es decir, el periodo jacobino, pero especialmente el del gobierno Robespierre del verano del 93 al verano del 94— como *malo y terrorista* frente al 91 —el periodo liberal moderado de 1789 hasta la caída de la monarquía en agosto de 1792—, que era el *verdadero* régimen liberal, hecho por *sus antecesores* Lafayette o Barnave. Visión ideológica que les obligaba a justificar demagógicamente su rechazo del sufragio universal de la Constitución de 1793 —caso de Mignet en su libro de 1824— considerándolo una especie de asamblea de la *multitud*: «La loi constitutionnelle de 1793 établissait le pur régime de la multitude: non-seulement elle reconnaissait le peuple comme la source de tous les pouvoirs, mais encore elle lui en délégait l'exercice (...). Comme elle faisait gouverner la multitude, comme elle désorganisait le pouvoir, elle était impraticable en tout temps; mais elle l'était surtout dans un moment de guerre générale»¹².

100

Igualmente, Thiers en 1827 dibujó un idílico 89-91 y lo contrapuso al terror del 93: «¡La revolución! ¡Qué abismo tan insoldable y al propio tiempo qué espectáculo tan interesante! ¡Por un lado, el año de gracia y de emancipación 1789 dictando al género humano la Declaración de los derechos del hombre; por otro, el sangriento fanatismo de 1793». Ahora bien, inventar que el terror del 93 fue obra exclusiva de los jacobinos, especialmente los de Robespierre, no encajaba con la imagen de *incorruptible* que muchos franceses tenían aun del revolucionario radical, por lo que Thiers trataba de convertir la integridad de Robespierre en estupidez e incapacidad para gobernar:

Robespierre era íntegro (...), pero fue un hombre de la peor especie. Era un devoto sin pasiones, sin los vicios a que ellas se exponen, pero sin el valor, la grandeza y la sensibilidad que las acompañan de ordinario; un devoto que sólo vive de su orgullo y de su creencia, que se oculta el día de peligro, que vuelve para hacerse adorar después de la victoria alcanzada por los otros, es uno de los

¹¹ Sobre estas y otras utilidades políticas de la revolución Francesa ver, por ejemplo, A. Gérard, *Mitos de la Revolución Francesa*, Península, Barcelona, 1973 (1ª (1970)).

¹² F. Mignet, *Histoire de la Révolution française depuis 1789 jusqu'en 1814*, Didier et Cie. Libraires-Éditeurs, París, 1865 (1ª 1824), 2 vols., II, pp. 11-12.

*seres más odiosos que hayan dominado a los hombres, y hasta se diría de los más viles, si no hubiese tenido una fuerte convicción y una integridad reconocida*¹³.

Y, tras las visiones del *catecismo* ideológico liberal moderado, a mediados del XIX vinieron las del *catecismo* ideológico republicano socialista. El mismo tipo de *relato histórico* de las *batallitas políticas* de París con muchas *frases históricas* sin justificación documental, pero con el objetivo contrario de denostar el 91 como *malo y perverso* frente al 93, la *verdadera* revolución, hecha por *sus antecesores* jacobinos. Un ejemplo de esta *visión jacobina* de la Revolución Francesa fue Blanc, que además inventó para el 93 una *fraternidad* que no correspondía a los derechos fundamentales jacobinos (igualdad, libertad, propiedad y seguridad): «El INDIVIDUALISMO, inaugurado por Lutero, se desarrolló con irresistible pujanza, y desprendido del elemento religioso triunfó en Francia con los publicistas de la Constituyente (...). La FRATERNIDAD, anunciada por los pensadores de la Montaña, desapareció entonces en una tempestad, y aun hoy no nos aparece sino en los lejos de lo ideal; pero todos los grandes corazones la invocan, y ella ya ocupa e ilumina la más alta esfera de las inteligencias (...). Ahora se comprenderá que en lo que solemos llamar Revolución Francesa hubo en realidad dos revoluciones distintas, aunque dirigidas ambas contra el antiguo principio de autoridad. La una se efectuó en provecho del individualismo, y lleva la fecha del año 1789. La otra sólo fue un ensayo tumultuoso hecho en nombre de la fraternidad, y cayó en el 9 de termidor». Claro que, como los republicanos socialistas —al igual que los liberales moderados— escribían básicamente *de oídas, se tragaron* el invento moderado de que el terror había sido obra exclusiva de los jacobinos de Robespierre, lo que les obligó a hacer florituras para justificarlo como *mal menor* —*la limpieza* que no se había hecho en el 91, etc.—. Así Blanc decía:

*La Revolución Francesa (...), ¡qué formidable, qué sangrienta historia...! Lejos empero de consternarnos, tranquilícennos estos dolorosos recuerdos. Si de hoy más hemos de poner cima a la parte intelectual de la obra, es porque los hombres de la Revolución se encargaron de la parte funesta (...). De esa suerte sus violencias nos legaron el sosiego y la tranquilidad. Agotaron el espanto, agotaron la pena de muerte; y el Terror, por su mismo exceso, se hizo imposible para siempre*¹⁴.

Y *jacobina* es la visión de Michelet, que planteó un concepto de *pueblo* distinto al de nación o conjunto de *todos* los ciudadanos (Constitución de 1793, Barnave, Staël o Tocqueville), ya que generalmente lo definió de forma más restrictiva como los sectores más *pobres y puros* de esa nación, que a su juicio habrían sido los *verdaderos* revolucionarios desde 1789:

L'attaque de la Bastille ne fut nullement raisonnable. Ce fut un acte de foi. Personne ne proposa. Mais tous crurent, et tous agirent. Le long des rues, des quais, des ponts, des boulevards, la foule criait à la foule: "À la Bastille! à la Bastille!..." Et, dans le tocsin qui sonnait, tous entendaient: "À la Bastille!".

¹³ A. Thiers, *Historia de la Revolución francesa*, Montaner y Simón editores, Barcelona, 1892 (1ª 1827), 2 vols., I, Preámbulo p. II; y II, p. 103. Y para F. Guizot: *bueno* el 1688-1689 británico frente a Cromwell: *Historia de la revolución de Inglaterra*, Madrid, Sarpe, 1985 (1ª 1826-1827).

¹⁴ L. Blanc, *Historia de la Revolución Francesa*, Manero editor, Barcelona, 1870-1872 (1ª 1847-1862), 3 vols., I, *Preámbulo*, pp. XXXVI-XXXVII. Mayúsculas en el original.



*Personne, je le répète, ne donna l'impulsion (...). Qui l'eut? Celui qui eut aussi le dévouement, la force, pour accomplir sa foi. Qui? Le peuple, tout le monde*¹⁵.

Y, lógicamente, si el *pueblo pobre y puro* fue el *verdadero* revolucionario, era porque a su vez la causa de la Revolución Francesa había sido la *miseria*:

*Si la paciencia merece el cielo, este pueblo en los últimos siglos ha superado verdaderamente todos los méritos de los santos. Pero ¿cómo explicarlo? (...). Las huellas están muy dispersas. La miseria es un hecho tan generalizado, la resignación para soportarla es una virtud tan común entre nosotros, que los historiadores raramente la hacen notar (...). La historia de esta miseria es difícil de trazar puesto que estas épocas, como en todas partes, no están marcadas por las revueltas (...). No ha habido ninguna revuelta, sólo una Revolución*¹⁶.

Curiosamente, a finales del XIX, el liberal ultramoderado Taine hizo unas reflexiones ideológicas sobre la Revolución Francesa bastante parecidas a las de Michelet en relación a la causa fundamental de la revolución —la *miseria*—:

*Estudiad las correspondencias administrativas de los últimos treinta años que preceden a la Revolución: cien indicios os revelarán un sufrimiento excesivo, hasta cuando no se convierte en furor. Visiblemente, la vida es precaria para el hombre del pueblo, campesino, artesano, obrero, que tiene que ganarla con el trabajo de sus manos; tiene lo justo que se necesita para no morir de hambre, y más de una vez le falta ese poco (...). Cuando el hombre es miserable, se irrita; pero cuando es a la vez propietario y miserable, se irrita todavía más. Ha podido resignarse a la indigencia, pero no se resigna a la expoliación, y tal era la situación del campesino en 1789, porque, durante todo el siglo XVIII, había adquirido tierras*¹⁷.

102

Pero, claro, el *pueblo pobre* asaltante de la Bastilla que retrataba Taine, lejos de ser *puro*, se parecía más a una banda de *chorizos*:

*Individuos sin profesión, refractarios a todo orden, carne de presidio, mendigos, roñosos, tiñosos, patibularios, son engendrados por los abusos del sistema, y en toda plaga social pululan como gusanos (...). [Y] en 1789, el pan faltó en París*¹⁸.

XX: Avance científico y catecismos marxista y conservador

El cambio de siglo significó una profunda renovación en la historia, ya que, frente al dominio del simple *relato político* del XIX, se desarrolló un gran interés por el análisis de aspectos económicos y sociales, aunque ciertamente estos aspectos terminarían teniendo una presencia excesiva en la mayoría de los trabajos hechos hasta la década de 1970. Claro que, como veremos, justamente los historiadores marxistas

¹⁵ J. Michelet, *Histoire de la Révolution française*, Robert Laffont, París 2002 (1ª 1847-1853), 2 vols., I, pp. 144-145.

¹⁶ Citas en A. Schaff, *Historia y verdad*, p. 32.

¹⁷ H. Taine, *Los orígenes de la Francia contemporánea (El Antiguo Régimen)*, Orbis, Barcelona, 1986 (1ª completa 1875-1893), 2 vols., II, pp. 133 y 140.

¹⁸ H. Taine, *Los orígenes*, II, pp. 163 y 169.

renovadores estudiosos de la Revolución Francesa de la segunda mitad del XX siempre entroncaron esos aspectos económico-sociales en una buena historia política, a diferencia de los británicos Hobsbawm o Thompson, que prácticamente sólo trataron aspectos sociales.

La primera renovación histórica del XX en el caso de la Revolución Francesa procedió del historiador marxista Jaurès. En su *Historia socialista de la revolución francesa* (1901-1904), Jaurès analizó con documentación histórica el enriquecimiento de la burguesía especialmente urbana, pero igualmente los censos y rentas del régimen señorial-feudal, adelantándose a lo que en seguida haría el historiador liberal medievalista Bloch. La conclusión de Jaurès era que las causas de la Revolución Francesa había que buscarlas en este creciente poder económico de la burguesía, porque este poder económico impulsó a la burguesía a exigir también el político. Es decir que, frente a Michelet, la causa fundamental de la revolución estaría más en la *riqueza* que en la *miseria*:

La nobleza media y menor, la que no se había sostenido gracias a grandes cargos, empleos en la corte, pensiones y especulaciones financieras, estaba casi arruinada; con el estancamiento de sus rentas y el crecimiento constante de los gastos, se había roto el equilibrio en que se sostenía. El marqués de Bouillé hace constar en sus memorias que fabricantes y hacendados habían adquirido muchas tierras de nobles. Los derechos feudales vejaban y humillaban a los labradores, les hacían mucho daño dificultando su actividad, les quitaban el sentimiento vivo y completo de la propiedad, pero daban a los nobles mucho menos de lo que costaban al país (...). Si se suma esa importante propiedad burguesa con la propiedad campesina (...) resultará que burgueses y campesinos poseían más de la mitad del territorio (...). La burguesía francesa había adquirido conciencia de su fuerza, de su riqueza, de su derecho, de sus posibilidades casi indefinidas de desarrollo; en una palabra, la burguesía llegaba a la conciencia de clase (...). No hubo un grupo ni una secta de la Revolución que no respondiera a una partícula de la vida social (...). Taine, cuya obra revela ignorancias casi increíbles, se ha engañado (...) torpemente acerca de la Revolución¹⁹.

Ya en 1933 —sólo tres años después de que Kuznets publicara su importante e influyente estudio sobre los ciclos económicos—, otro historiador marxista, Labrousse, presentaba su tesis doctoral sobre el crecimiento económico del XVIII en Francia, en la que analizaba cuantitativamente la evolución de precios y beneficios, incluyendo un estudio detallado de los pros y contras de la documentación cuantitativa conservada. Para Labrousse, a partir de los años 1730-1740, el siglo había sido expansivo y, por ello, beneficioso para todos, incluso para los jornaleros, ya que tenían abundante trabajo. Pero el ciclo expansivo de larga duración escondía otros ciclos cortos de años de malas cosechas de cereales (sequías o lluvias torrenciales), negativos para jornaleros —poco trabajo y precio caro del pan— y pequeños propietarios y arrendatarios —algunos de los cuales se arruinarían y perderían la propiedad o el arrendamiento—, porque el precio más caro del trigo no compensaba la escasez de su cosecha, cosa que obviamente no sucedía en el caso de grandes y medios propietarios y arrendatarios. Finalmente, en la década de 1780 el ciclo de larga duración cambió de signo, comenzando una crisis de sobreproducción en el sector vitícola que hizo caer los precios del vino, crisis que

¹⁹ Utilizo la edición separada de la introducción de la obra: J. Jaurès, *Causas de la Revolución francesa*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 20, 31, 39 y 41.



terminó arrastrando a otros sectores económicos. Y la pérdida de beneficios forzó a los propietarios rurales a dejar de pagar diezmos y derechos feudales, mientras que se incrementaba el malestar de los jornaleros por el creciente paro y el de pequeños propietarios y arrendatarios, lo que llevaría a la Revolución Francesa. Es decir, para Labrousse no era incompatible la tesis de Michelet —revolución de la *miseria*— y la de Jaurès —revolución de la *riqueza*—: «El estudio resumido en las páginas anteriores nos conduce a una interpretación de la Revolución francesa (...) [que significa] un intento de arbitraje entre las tesis de Michelet y de Jaurès»²⁰.

Ahora bien, si Labrousse demostraba la existencia de *miseria* y *riqueza* antes de la revolución, lo que no analizaba ni explicaba era quién fue —la *miseria* o la *riqueza*— la que finalmente *hizo* la revolución. Esto lo estaba estudiando Lefebvre, que a los 50 años —después de *patearse* media Francia como profesor de instituto consultando innumerables archivos— presentó en 1924 su tesis doctoral, que llevó ya en 1932 a su gran obra sobre el Gran Miedo de julio de 1789. Obra en la que el marxista Lefebvre rechazaba la visión *urbanita* de la revolución liberal de Marx (heredada de Smith): la revolución era consecuencia del desarrollo económico urbano (comercio y manufacturas) y, por ello, fue la burguesía urbana la que hizo la lucha de clases revolucionaria contra la nobleza, ya que el sistema feudal agrario era incapaz de generar desarrollo económico. Visión *urbanita* que llevó a que la mayoría del marxismo del XX no hablara de clases sociales diferenciadas en el mundo rural previo a la revolución liberal y definiera con el término común de *campesino* a todo aquel que no fuese noble, cosa que siguen haciendo hoy bastantes estudiosos de la revolución liberal en el mundo urbano. Sin embargo, Lefebvre diferenciaba campesinos ricos —a veces los denominaba como hoy *burguesía rural*— de pobres y jornaleros y señalaba que estos últimos sólo tuvieron una participación *virtual* en la Revolución Francesa (en la *mente* de los propietarios y arrendatarios medios y pequeños), y encima en el bando contrarrevolucionario. Porque los campesinos propietarios y arrendatarios *se imaginaron* que los campesinos pobres que vagabundeaban por Francia en busca de trabajo, a los que consideraban bandidos y ladrones, estaban a punto de ser reclutados por la nobleza para formar un ejército contrarrevolucionario que acabase con la revolución de París, lo que les llevó a *adelantarse* a los nobles asaltando los castillos señoriales:

104

El gran pánico nació del temor al “bandido”, que se explica por las circunstancias económicas, sociales y políticas en que se encontraba Francia en 1789. En el antiguo régimen la mendicidad había sido una plaga (...), y a partir de 1788 la desocupación y la carestía de los alimentos la agravaron, pues las innumerables revueltas provocadas por la escasez aumentaron el desorden ya existente. También contribuyó la crisis política, ya que sobreexcitó los ánimos e hizo a los franceses más turbulentos. Se veía un “bandido” en cada mendigo, vagabundo o sublevado (...). Al comenzar la cosecha, el conflicto que enfrentaba al Tercer Estado y a la aristocracia (sostenida por el poder real) y que ya en varias provincias había impreso un carácter social a las revueltas del hambre se convirtió de golpe en guerra civil. La insurrección parisién y las medidas de seguridad destinadas a expulsar a la gente indeseable de la capital y de las grandes ciudades generalizaron el temor a los bandidos en el mismo momento en que se esperaba (...) el golpe que los aristócratas vencidos, ayudados por los extranjeros, asestarían al Tercer Estado para vengarse de él. No se dudó ni un momento de que habían pagado a los bandidos y de este modo la crisis

²⁰ Utilizo la versión más reducida traducida al castellano: E. Labrousse, *Fluctuaciones económicas e historia social*, Tecnos, Madrid, 1980 (1ª 1962), cita de p. 372.

*económica y la crisis política y social multiplicaron sus efectos, crearon el mismo terror en todos los ánimos y permitieron que ciertas alarmas locales se propagaran a través del reino*²¹.

Y, para Lefebvre, fue este movimiento violento del Gran Miedo el que forzó a la Asamblea Nacional —no hay que olvidar que estaba formada a partes iguales por burgueses y nobleza-clero— a abolir el feudalismo el 4 de agosto de 1789, con el fin de evitar posibles *males mayores*:

*De ningún modo podemos llegar a la conclusión de que el gran pánico no ejerció la menor influencia sobre los acontecimientos y que, para hablar como los filósofos, sólo fue un epifenómeno. El pánico provocó una vigorosa reacción donde por primera vez se manifestó el ardor guerrero de la Revolución (...), [y] esta reacción se volvió contra la aristocracia, pues al reunir a los campesinos les dio conciencia de su fuerza y fortaleció el ataque que arruinaría al régimen señorial. Por lo tanto, no sólo el carácter particular y pintoresco del gran pánico merece retener nuestra atención, sino también el hecho de que contribuyó a preparar la noche del 4 de agosto y por eso mismo constituye uno de los episodios más importantes de la historia francesa*²².

Sin embargo, paralelamente a estos avances en el conocimiento histórico de la Revolución Francesa en la primera mitad del XX hechos por historiadores marxistas, se desarrollaron visiones ideológicas de *catecismo* sobre la revolución hechas por marxistas y otros izquierdistas. Incorporando el *argot ideológico* correspondiente, estos historiadores partían de la visión *jacobina* de Blanc o Michelet —bueno el 93 frente al 91—, pero utilizándola ideológicamente en dos nuevos sentidos: o bien confundían de forma interesada —o ignorante— la suspensión de garantías constitucionales y la *economía de guerra* de la etapa jacobina con la opción política, social y económica de los jacobinos de Robespierre —*antecedente* de la dictadura del proletariado con economía dirigida—, o bien se decantaban dentro del 93 —siempre la *buena y verdadera* revolución burguesa frente al 91— por sectores que como los *sans-culottes*, *enragés*, etc. se habían enfrentado al gobierno de Robespierre, considerando estas luchas como el inicio u origen de las luchas del proletariado contra la burguesía, simbolizada por el propio Robespierre. Este último caso fue el de Guérin en 1946:

Durante toda la Revolución Francesa se planteó, de forma constante y antagónica, la cuestión de las formas del poder popular. La propia burguesía se apropió la idea de la “soberanía popular”. Necesitó oponer esa antítesis a la soberanía de derecho divino (...). Pero ocurrió lo que tenía que ocurrir: la ruda lógica popular no hizo caso de ninguna de las artimañas destinadas a desviarla de su camino. Sacó por sí misma la deducción que habían intentado prohibirle. Del sutil razonamiento de Rousseau y Robespierre, conservó solamente aquello que le interesaba y no prestó atención al resto (...). Ante el espanto de la burguesía revolucionaria, los sans-culottes opusieron, en numerosas ocasiones, la auténtica soberanía del pueblo, que se ejercía directamente allí donde estuviese reunido —en sus secciones, en sus municipios, en sus sociedades

²¹ G. Lefebvre, *El Gran Pánico de 1789. La Revolución Francesa y los campesinos*, Paidós, Barcelona, 1986 (1ª 1932), pp. 291-292.

²² G. Lefebvre, *El Gran Pánico de 1789*, p. 293.



populares—, a la supuesta soberanía de la asamblea parlamentaria²³.

Con todo, esta visión ideológica de Guérin —y de otros autores²⁴— ponía el dedo en la llaga sobre un aspecto de la revolución que había ido asumiéndose de forma acrítica: la suposición de que sans-culottes y jacobinos de Robespierre tenían un mismo proyecto político, social y económico. Claro que Guérin lo hacía inventando unas clases sociales y unos conflictos de clases inexistentes a finales del XVIII.

Pero lo más significativo es que estas visiones ideológicas de *catecismo* sobre la Revolución Francesa eran las que tenía también un historiador *profesional* como Hobsbawm, a pesar de que muchos le consideren uno de los pesos pesados de la historiografía marxista *renovadora* británica de la segunda mitad del XX. Así, en su manual *La era de la revolución* de 1962 —con una relación bibliográfica de sólo obras escritas o traducidas al inglés— Hobsbawm mantenía la visión de Guérin sobre los sans-culottes, suponía que el feudalismo no se había abolido hasta el 93 —frente a lo señalado por el marxista renovador Lefebvre— e ignoraba el dismantelamiento de la visión *urbanita* de Marx intencionadamente, ya que no sólo Lefebvre treinta años atrás, sino igual el medievalista Hilton —del mismo grupo de historiadores marxistas británicos que Hobsbawm— había criticado con dureza esta visión *urbanita* en el debate Dobb-Sweezy sobre la transición del feudalismo al capitalismo de la primera mitad de los 50, publicado en revistas británicas. En este debate, partiendo de sus primeros documentados estudios sobre la Edad Media inglesa (que iría publicando en los años siguientes), Hilton seguía más formalmente el esquema de Marx que Lefebvre y hablaba del desarrollo de las fuerzas productivas y de la formación de nuevas clases sociales *sólo que en el mundo rural y ya desde finales de la Edad Media* —desarrollo económico agrario y enriquecimiento de un sector de los campesinos—, que entraría en contradicción con las relaciones sociales de producción feudales y provocaría la lucha de clases *sólo que en el mundo rural y entre campesinos ricos y nobles*²⁵. Pues bien, veamos qué decía por el contrario Hobsbawm en 1962:

*El feudalismo no se abolió finalmente hasta 1793 (...). Las revoluciones campesinas son movimientos amplios, informes, anónimos, pero irresistibles. Lo que en Francia convirtió una epidemia de desasosiego campesino en una irreversible convulsión fue una combinación de insurrecciones en ciudades provincianas y una oleada de pánico masivo que se extendió oscura pero rápidamente a través de casi todo el país (...). El campesinado nunca proporcionó una alternativa política a nadie (...). La única alternativa frente al radicalismo burgués (si exceptuamos pequeños grupos de ideólogos o militantes inermes cuando pierden el apoyo de las masas) eran los “sans-culottes”, un movimiento informe y principalmente urbano de pobres trabajadores, artesanos, tenderos, operarios, pequeños empresarios, etc.*²⁶.

Dejando de lado el planteamiento ideológico de *verdadera* el 93 y la visión *urbanita* de la revolución —que ya hemos visto había sido cuestionada seriamente por

²³ D. Guérin, *La lucha de clases en el apogeo de la Revolución Francesa, 1793-1795*, Alianza Editorial, Madrid, 1973 (1ª 1946), pp. 9 y 14-15.

²⁴ Planteamientos semejantes en P. Kropotkin, *La gran revolución (1789-1793)*, Editora Nacional, México, 1967 (1ª 1910) 2 vols., obra en la que básicamente *reinterpretaba* a Michelet.

²⁵ Ver la publicación posterior del debate en R. Hilton (ed.), *La transición del feudalismo al capitalismo*, Crítica, Barcelona, 1980 (1ª 1976).

²⁶ E. J. Hobsbawm, *La era de la revolución (1789-1848)*, Labor, Barcelona, 1991 (1ª 1962), pp. 62-63.

Lefebvre y Hilton—, la renovación en relación a la visión ideológica de los sans-culottes vino, entre otros, del noruego —aunque entroncado en el marxismo británico renovador— Rudé, que en un trabajo de 1970 analizó la fundamental participación de los sans-culottes en el asalto de la Bastilla, con el soporte documental, entre otros, de los archivos policiales de París:

Como hemos visto, esas turbas estaban formadas principalmente por tenderos, maestros propietarios de talleres, artesanos independientes y trabajadores asalariados, con empleo o parados (...). Pero debemos evitar cualquier impulso a exagerar el significado de esas distinciones sociales y no debemos ver, como hace Daniel Guérin, la expresión de una conciencia de clase “proletaria” (...). Casi siempre el trabajador estaba aliado con el pequeño tendero o el maestro artesano que tenían con él un interés común en la oposición a las pretensiones del gran comerciante, del contratista y del monopolista, ya fuera noble o burgués²⁷.

Ahora bien, la renovación profunda de las visiones ideológicas de los sans-culottes ya la había hecho en 1964 el marxista francés Soboul, en un trabajo monográfico sustentando, entre otros documentos, en las actas de los comités revolucionarios de París y de las asambleas que en la mayor parte de los barrios hicieron los propios sans-culottes: los sans-culottes eran pequeños propietarios artesanos y tenderos, y sólo en las asambleas —no en los comités— aparecían un 10% de oficiales y aprendices que, como apuntó Rudé más tarde, soñaban con convertirse en maestros artesanos o tenderos y no en revoluciones *proletarias* contra la burguesía. Es decir, que tampoco en el mundo urbano hubo participantes *miserables* en la revolución, sino que todos fueron *ricos* —lógico, para una revolución *burguesa*—, incluyendo esta pequeña burguesía partidaria tanto de la intervención del Estado en la economía en defensa de la pequeña propiedad contra los grandes comerciantes, como de que se incrementase el terror durante el gobierno de Robespierre —más de un gran comerciante iría a la guillotina acusado de *traidor*—, ya que —al contrario de las visiones ideológicas del XIX que suponían que Robespierre fue el único responsable del terror— lo consideraban en este tema un poco *blando*:

En el año III, la reacción calificó a todos los terroristas en bloque como bebedores de sangre. Aunque sea preciso evitar cuidadosamente cualquier generalización y tomar al pie de la letra los informes de la policía y las denuncias, no puede, sin embargo, silenciarse que la violencia en ocasiones se traduce en derramamiento de sangre (...). Bunou, de la sección de los Champs-Elysée (...), en el año II habría reclamado una guillotina para la sección, “y que si no había verdugo, él mismo prestaría ese servicio”. Frases similares se atribuyen a Lesur, de la sección de Luxembourg (...): “Que la guillotina no iba bastante rápida, que habría que hacer más sangrías en las prisiones, y, que si el verdugo estaba cansado, él mismo subiría al andamiaje con un pan de cuatro, aunque tuviera que comerlo empapado en sangre” (...). Otro individuo, al salir de la asamblea general de la sección de la République, declara: “La guillotina tiene hambre, hace mucho tiempo que ayuna²⁸”.

²⁷ G. Rudé, *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, Ariel, Barcelona, 1978 (1ª 1970), pp. 112-113.

²⁸ A. Soboul, *Los sans-culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario*, Alianza Editorial, Madrid, 1987 (1ª 1964), pp. 153-154. Cursivas en original.



Con todo, la renovación de la visión global de la Revolución Francesa en la segunda mitad del XX vino de manuales hechos por investigadores como Soboul (1962), Vovelle (1972) y Rudé (1988), manuales en los que integraban los análisis económico-sociales en una buena historia política, documentada con Constituciones, actas de asambleas, discursos y otros materiales. Obviamente, no hubo Revoluciones Francesas *verdaderas* y *falsas*, sino distintas opciones liberales dentro de la burguesía revolucionaria: los liberales moderados —fayettistas, Barnave y desde 1791 la alta burguesía de La Llanura—, que defendían un régimen político parlamentario con sufragio censitario, la libertad de mercado y el mantenimiento de la esclavitud; los jacobinos de Robespierre, que optaban por un régimen parlamentario con sufragio universal masculino, la libertad de mercado pero con ayudas del Estado a las clases más desfavorecidas enfermas o sin trabajo y la abolición de la esclavitud; y los sans-culottes, régimen político asambleario —la asamblea del barrio decidía si se aplicaba o no la Constitución o tal o cual ley en el barrio— y la intervención del Estado en la economía en defensa de la pequeña propiedad²⁹.

Y, en relación al terror, fue la Convención republicana del periodo del gobierno girondino —dominada por los moderados de La Llanura— quien impuso ya en la primavera de 1793 a este gobierno girondino —reticente a recortar libertades— la suspensión de garantías constitucionales: básicamente, los tribunales revolucionarios —sentencias sin apelación en delitos de contrarrevolución— y el Comité de Salud Pública —9 miembros renovables cada mes por la Convención—, que tendría el control total al margen del gobierno en los temas relacionados con las guerras interior y exterior y la contrarrevolución. Comité que se ampliaría a 12 miembros para poder incluir a Robespierre y otros dos jacobinos de su grupo, al llegar éstos al gobierno en el verano del 93. Por tanto, ni *dictadura* —sometido a la Convención, que había sido elegida por sufragio universal masculino—, ni *jacobina* en sentido de Robespierre y su grupo, ya que, no sólo se creó antes, sino que además el grupo de Robespierre siempre estuvo en minoría, como se comprobó en el golpe de Termidor. Y, lógicamente, la *economía dirigida* no fue más que la normal *economía de guerra* de cualquier país en guerra, y fue aprobada en la Convención por el gobierno Robespierre, La Llanura y todos los grupos: nacionalización temporal de las fábricas de armas, control del Estado de otras como las textiles y los curtidos (obviamente, no podían elaborarse *modelitos de primavera*, sino uniformes, correaes, botas, etc.), topes a los precios de los alimentos básicos para evitar la especulación y, en el mismo sentido, pena de muerte para los *acaparadores* que escondían alimentos para que subieran de precio, ya que, aunque buscasen su lucro personal, de hecho ayudaban al enemigo³⁰.

Ahora bien, al igual que había pasado ya desde la primera mitad del XX con el marxismo de *catecismo*, a partir de la segunda mitad, paralelamente al avance científico surgió otra visión de *catecismo* ideológico, en este caso la de la historiografía liberal-conservadora que, en el contexto de la *guerra fría*, utilizó cualquier tema histórico para combatir el avance del marxismo en el Tercer Mundo y las visiones marxistas de la historia, serias o de *catecismo*, presentes, y con peso, en muchas universidades de la Europa occidental. Cualquier tema servía: el nivel de vida de los primeros trabajadores industriales, la revolución industrial al estilo Rostow y, por supuesto, la Revolución

²⁹ A. Soboul, *Compendio de la historia de la Revolución Francesa*, Tecnos, Madrid, 1979 (1ª 1962); *Id.*, *Los sans-culottes*; M. Vovelle, *La caída de la monarquía, 1787-1792*, Ariel, Barcelona, 1979 (1ª 1972); *Id.*, *Introducción a la historia de la Revolución francesa*, Crítica, Barcelona, 1981 (1ª 1979); y G. Rudé, *La Revolución Francesa*, Vergara, Buenos Aires, 1988.

³⁰ A. Soboul, *Compendio*; M. Vovelle, *La caída*; *Id.*, *Introducción*; y G. Rudé, *La Revolución*.

Francesa. La primera de estas visiones surgió en los 50 y planteaba la tesis de las *revoluciones atlánticas*: 3 revoluciones *buenas* que eran las occidentales o *atlánticas* — la inglesa del XVII, la americana (en realidad, la independencia de las 13 colonias contra el régimen *liberal* británico) y la francesa, frente a las *violentas* y *dictatoriales* orientales como la rusa. Veamos la crítica que a esta visión hizo el historiador marxista renovador Vovelle en 1979:

En el contexto de la década de los años cincuenta (...) [nació el] concepto de “revoluciones atlánticas”, elaboradas conjuntamente por el norteamericano Palmer y el francés Godechot. Tanto el uno como el otro se defendieron con argumentos convincentes de haber sido los agentes inconscientes del atlantismo de los años de guerra fría. Pero al volver a colocar la “Gran Revolución” francesa en la nebulosa de los movimientos revolucionarios que se escalonan entre 1770 y 1820, no sólo la “descoronaban” —¡lo que era el colmo para una revolución democrática!—, sino que integraban esa destrucción revolucionaria del feudalismo en una nebulosa de manifestaciones, tales como la “revolución” norteamericana, de índole muy diferente de la suya³¹.

Tras el fracaso en el mundo académico de la tesis de las *revoluciones atlánticas*, en los 60 surgió la *teoría de las élites*, que tenía por objetivo cuestionar la visión marxista de las revoluciones burguesas —que daba papel relevante a las violentas luchas de clases entre la burguesía y la nobleza—, por el miedo a que esta visión pudiera *dar alas* a los *proletarios* y especialmente a las *guerrillas* que en la segunda mitad del XX combatían el régimen capitalista. Ciertamente que había una versión igualmente ideológica —del marxismo de *catecismo*— de la tesis marxista de las revoluciones burguesas: primer paso para que naciera el proletariado, que —al igual que la burguesía acabó violentamente con el feudalismo— tenía la *misión histórica* de acabar con el régimen capitalista. Pero, claro, la existencia de lucha de clases en la revolución estaba presente también no sólo en los trabajos de la historiografía marxista renovadora, sino, como hemos visto, en la historiografía *liberal* francesa, que fue quien la planteó primero. Pues bien, frente a la idea de que la lucha de clases fue fundamental en el triunfo de la Revolución Francesa, el esquema de la *teoría de las élites* era: 1º negar la existencia de burguesía en la Revolución Francesa, asegurando que las reformas revolucionarias las hicieron *desde arriba* unas élites en los Estados Generales —diputados de la minoritaria nobleza liberal y alguno de la prácticamente inexistente burguesía—, y 2º asegurar que las luchas de la Bastilla y el Gran Miedo no sólo no favorecieron estas reformas, sino que las pusieron en peligro, porque estuvieron a punto de echar al traste los esfuerzos de las élites para convencer a Luis XVI de la necesidad de hacerlas.

La primera versión de la *teoría de las élites* fue la del británico Cobban en *La interpretación social de la Revolución Francesa* de 1964. Como Cobban era más sociólogo que historiador, se podía pensar que no se aclaró mucho con lo que era la burguesía a finales del XVIII y buscaba entre los diputados de los Estados Generales, sin encontrar, ejecutivos de empresas siderúrgicas o banqueros, pero en realidad la razón de su tesis era su visceral anti-comunismo, que le llevó a hacer uso de todas sus influencias para impedir que Rudé se quedase en Inglaterra como profesor, teniendo que marchar a

³¹ M. Vovelle, *Introducción*, p. 90. Críticas de M. Vovelle a las visiones conservadoras en «Sobre la historiografía de la revolución francesa», en AA.VV., *Perspectives entorn de la Revolució Francesa*, L’Avenç, Barcelona, 1988, pp. 11-23; y «La historiografía de la revolución francesa en vísperas del Bicentenario», *Trienio. Ilustración y Liberalismo*, nº 11, mayo 1988, pp. 3-24.



Australia y luego a Canadá³². Sin embargo, la tesis no comenzó a tener peso en el mundo académico hasta ser asumida por algunos historiadores franceses, caso de Richet en un artículo de 1969, en el que además de plantearla, cuestionaba, expresa aunque sutilmente, la tesis marxista de las revoluciones burguesas:

¿Debemos entonces renunciar al concepto de Revolución burguesa? Hay que apartar aquí cualquier equívoco. A largo plazo, en las fuerzas económicas, se opera, del siglo XVI al siglo XIX, una lenta pero revolucionaria mutación, que es la historia misma del capitalismo, uno de los hechos más importantes de los tiempos modernos. Bautícese, si se quiere, revolución burguesa a este movimiento plurisecular, cuya etapa decisiva se sitúa en la segunda mitad del siglo XIX. Pero encerrar a la Revolución francesa de 1789 en la teoría marxista de la revolución —uno de los aspectos más débiles y menos coherentes de la gigantesca obra de Marx— nos parece (...) imposible (...). La Revolución de 1789 resultó de una doble toma de conciencia por parte de las élites realizada a través de un largo proceso. Conciencia de su autonomía, primeramente en relación al orden político; enseguida, de su necesario control del poder. Conciencia unánime en la que la nobleza jugaba el papel de un iniciador y un educador, pero que se extendió a la riqueza, a la propiedad y al talento. Esta fue la Revolución de las Luces. Pero esta voluntad común fracasó, tempranamente, en el terreno de la homogeneidad del grupo dirigente. Unidos precozmente en la exclusión de las masas del país “legal”, si se entiende por ello las leyes de la Historia y de la razón, las élites se dividieron en cuanto al problema del privilegio. Ni la Revolución, ni el Imperio, ni las monarquías censitarias taponaron esta brecha que provocó las sorprendentes oscilaciones de la curva política del siglo XIX francés³³.

Pero fue Furet el historiador que hizo famosa la *teoría de las élites*. Furet planteó la *teoría del patinazo* —el patinazo que significó el 93—, uniendo la *teoría de las élites* con la visión partidista de la historiografía liberal moderada del XIX —91 buena frente a 93— y haciendo suya en sentido contrario la visión de una parte del marxismo de *catecismo* de considerar a Robespierre como *su antecesor*: por tanto, el 93 fue el origen de *todos los males* del XX, especialmente del estalinismo (algún otro historiador conservador llevaría este origen hasta Rousseau). Y con esta *ensalada variada* —en la que, por cierto, poco era de cosecha propia salvo el término *patinazo*—, Furet defendió —como lo hizo en este Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la UAB, cuando le invitamos a dar una conferencia en el Bicentenario de 1989— que para estudiar la Revolución Francesa no hacía falta ir a los archivos, sino releer las obras del XIX. De hecho, es lo que ya había hecho en 1978 en su famosa obrita *Pensar la Revolución Francesa* —los marxistas habían escrito mucho pero sin pensar—: una pura reflexión releendo a Tocqueville y al conservador monárquico de primeros del XX Cochín³⁴. Tres años después Soboul publicó como respuesta una voluminosa obra analizando diversos temas de la revolución con abundante documentación, que, claro, tituló *Comprender la Revolución Francesa*³⁵.

110

³² E. J. Hobsbawm, *Los ecos de la Marsellesa*, Crítica, Barcelona, 1992, p. 149.

³³ D. Richet, «En torno a los orígenes remotos de la Revolución Francesa: élites y despotismo» (1ª 1969), en AA. VV., *Estudios sobre la Revolución Francesa y el final del Antiguo Régimen*, Akal, Madrid, 1980, pp. 9-34, cita de pp. 33-34. Cursiva mía, para subrayar esa sutileza.

³⁴ F. Furet, *Pensar la Revolución Francesa*, Ediciones Petrel, S. A., Barcelona, 1980 (1ª 1978).

³⁵ A. Soboul, *Comprender la Revolución francesa*, Crítica, Barcelona, 1983 (1ª 1981).

Ahora bien, dejando de lado la obvia existencia de burguesía a finales del XVIII —básicamente agraria— y que ésta fue la protagonista de los cambios revolucionarios, ¿hay algo de cierto en la *teoría de las élites* al asegurar que las luchas violentas de la Bastilla y el Gran Miedo no sólo no favorecieron el triunfo de la revolución, sino que la pusieron en peligro, porque estuvieron a punto de echar al traste los esfuerzos de las élites para convencer a Luis XVI de la necesidad de las reformas? Pues no. En relación al Gran Miedo ya hemos visto que Lefebvre había demostrado que la acción violenta revolucionaria no puso en peligro nada, sino que, por el contrario, forzó a la Asamblea Nacional a abolir el feudalismo, cosa que no estaba nada claro que lo fueran a hacer, dado que, al ser la Asamblea una reconversión de los estamentales Estados Generales, la burguesía sólo contaba con la mitad de los votos. Y, por lo que respecta al asalto a la Bastilla, es otra tontería aun mayor. Basta ver la relación cronológica de los hechos, bien relatados ya por Soboul en su manual de 1962: las *élites* no habrían podido reformar nada porque Luis XVI concentró 20.000 soldados para disolver la Asamblea, y por el contrario el asalto a la Bastilla hizo que el rey se asustara, retirara los soldados y no impidiera las reformas:

Pero en el mismo momento en que el rey y la aristocracia parecían aceptar el hecho decidieron recurrir a la fuerza para reducir al Tercer Estado a la obediencia (...). El recurso al ejército ofrecía, tanto a la realeza como a la nobleza, la única solución posible. La misma víspera del día en que se ordenaba a los órdenes privilegiados que se uniesen a la Asamblea Nacional, Luis XVI decidió reunir en torno a París y a Versalles 20.000 soldados. La intención de la Corte era disolver la Asamblea (...). No podía escapar a la Asamblea Nacional la gravedad de la situación. El 8 de julio (...) decidía el envío de una apelación al rey para pedir el alejamiento de las tropas (...). El 11 de julio, el rey dio la respuesta (...): que las tropas no estaban destinadas más que a reprimir nuevos desórdenes. Después, haciendo más difíciles las cosas, Luis XVI, el mismo día, despidió a Necker y llamó al ministerio a un contrarrevolucionario declarado, el barón de Breteuil, con el mariscal De Broglie en el de la Guerra. La intervención del pueblo parisiense salvó a la Asamblea impotente (...). La Asamblea Nacional desde Versalles había seguido con ansiedad los acontecimientos de París. En la jornada del 14 fueron enviadas dos diputaciones al rey para solicitar algunas concesiones. Pronto llegó la noticia de la toma de la Bastilla. ¿En qué partido iba a situarse Luis XVI? La sumisión de París exigiría una penosa guerra en las calles (...). Luis XVI se decidió a contemporalizar. El 15 de julio fue a la Asamblea para anunciar la retirada de las tropas (...). El rey, consumando la claudicación, consintió no sólo que el 16 de julio se volviese a llamar a Necker, sino que volvió a París el 17. Con su presencia en la capital sancionaba los resultados de la insurrección del 14 de julio. En el ayuntamiento fue recibido por [el alcalde] Bailly, quien le presentó la escarapela tricolor, símbolo de “la alianza augusta y eterna entre el monarca y el pueblo”. Luis XVI, muy emocionado, apenas pudo proferir estas palabras: “Mi pueblo puede contar siempre con mi cariño”. La facción aristocrática se sintió profundamente dolida por la debilidad del monarca. Los jefes tomaron la decisión de emigrar antes que hacerse solidarios de una realeza dispuesta a semejantes concesiones³⁶.



³⁶ A. Soboul, *Compendio*, pp. 104-108.

Crisis de la Historia y Conclusiones

Lógicamente, la crisis de la historia a finales de los 70 afectó y está afectando negativamente al estudio serio de cualquier tema histórico, en el caso de España especialmente por la citada fragmentación de la historia en múltiples especialidades *relatadas* al margen de cualquier otro aspecto y por la vuelta a la pura historia política, olvidando los análisis globales económico-sociales. Cierto que, y lo hemos apuntado antes, la crisis tiene que ver en parte con el hecho de que muchos autores marxistas se habían limitado a analizar sólo aspectos sociales, sin entroncarlos en una buena historia política (no en el caso de Soboul, Vovelle o Rudé) y, sobre todo, ignorando otros muchos aspectos, como los problemas de género, las mentalidades, etc. Ahora bien, a pesar de la crisis y frente a la fragmentación y a la pura historia política, ya desde los 80 ha surgido una nueva historia *social*, en el sentido de que pretende estudiar de forma global o total el conjunto de la sociedad³⁷, lo que implica investigar con documentos cualquiera de los aspectos más relevantes para ese conocimiento —por ejemplo, el poder, menospreciado por parte de la historiografía marxista en el XX por aquello de *la historia desde abajo*—, pero, sobre todo, sea cual sea el aspecto que se investiga con documentos, integrando ese aspecto en una visión global que incluya otros aspectos con el soporte de una bibliografía especializada. Y en este Departamento hay ejemplos de esta nueva historia social: por ejemplo, en los temas fascismos-franquismo y revolución burguesa-carlismo.

En relación a la Revolución Francesa, éste es el caso de Vovelle, en sus investigaciones —con documentación histórica y englobados en una visión política, social y económica— sobre cómo pudieron afectar a los franceses la aprobación del divorcio o los discursos hechos desde el poder impulsando la descristianización y el culto a la diosa razón —de hecho, ateísmo— o el más ambiguo —de Robespierre— al ser supremo. Estudios en los que Vovelle no se limita a relatar procesiones laicas con la diosa razón comprobando su aceptación o no en los pueblos de Francia y a analizar los discursos de los dirigentes revolucionarios, sino que, matizadamente, refleja también los miedos y dudas de estos dirigentes, temiendo reacciones en contra por ir demasiado aprisa:

112

La práctica y el discurso revolucionarios se afirman en su ambigüedad; la fiesta directorial coloca en el rango de sus fiestas morales la celebración de los esposos (...). La celebración del matrimonio, y de la pareja (...), rasgo de una moral burguesa cuidadosa de un regreso al orden, se inscribe en el recto devenir de un moralismo del periodo y de la moralidad jacobinos, para los cuales la depravación de las costumbres y el libertinaje son aristocráticos: María Antonieta, o la princesa de Lamballe, convirtiéndose en otras tantas imágenes de la "loba", de la gran prostituta, y de un mundo corrompido (...). En el discurso descristianizador del año II (...) este camino prometeico se inscribe primero en términos de emancipación o de liberación en caliente y sus palabras de referencia son: regenerar, desengañar, desenmascarar, desvelar, liberar, desprender, desarraigar o extirpar, pero también restaurar, en el marco de lo que se afirmó como una revolución moral. Este primer movimiento en forma de

³⁷ La defensa de una historia global o total fue *predicada*, pero no realizada en sus obras, por P. Vilar, *Historia marxista, historia en construcción*, Anagrama, Barcelona, 1975 (1ª 1973) y E. J. Hobsbawm: «Historia de la clase obrera e ideología» (1974), en *Id.*, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1987 (1ª 1984), pp. 11-28; e *Id.*, *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 2002 (1ª 1997).

tabula rasa debe llevar a un nuevo sistema de referencias basado en la doble apelación al corazón y a la razón. En él se encuentran, en un dosaje variable según los lugares, el momento y los emisores del discurso descristianizador, los temas esenciales: la razón, la verdad, las luces o la filosofía, y también el sentido común, por una parte, y por la otra el llamamiento al corazón apoyado en la naturaleza, la verdad, el sentimiento, la moral, la sensibilidad (...). Este doble sistema de referencia —el corazón y la razón—, ¿podría bastar para colmar el vacío creado por el exorcismo del fanatismo y de la superstición? Así lo creyeron los activistas y los promotores del culto de la Razón, tal como desarrolla, desde el brumario al ventoso del año II, su breve pero densa existencia³⁸.

Sin embargo, dejando el caso de Vovelle y algunos otros autores, percibo, como he dicho al comienzo, que en el tema de Revolución Francesa —al menos a nivel de manuales y de alguna docencia universitaria española— hay una cierta tendencia a la vuelta a la simple historia política, con mucho *pueblo* y mucha *lucha por la libertad* entre liberales *después del 1789*, en detrimento básicamente de dos cosas. En primer lugar, del estudio y explicación justamente de la *revolución francesa*, es decir, el estudio y explicación de las luchas que de forma violenta *acabaron* con el régimen absoluto-señorial-feudal-estamental en Francia, lo que obliga a analizar el sistema político-institucional absoluto-señorial-estamental y el mundo rural *previo* a la revolución tal como hicieron Lefebvre y Hilton: en otras palabras, el feudalismo y las luchas que desde la segunda mitad del XVIII se hicieron para derribarlo. Un análisis del feudalismo que no puede obviar el hecho de que seguía siendo a finales del XVIII el *marco legal-jurídico* —prescindamos del arcaico término *modo de producción*— dominante, lo que implicaba, entre otras cosas, jurisdicciones señoriales, pago a la Iglesia de diezmos y al señor de derechos jurisdiccionales y censos enfitéuticos que el señor extraía de las propiedades de los vasallos. Pero un análisis del feudalismo que no puede obviar tampoco que, a la vez, dentro de ese marco feudal, no sólo se había producido un paulatino enriquecimiento de la *burguesía rural*, sino que igualmente, junto a las *relaciones sociales de producción* feudales —si se me permite la expresión—, habían ido surgiendo desde finales de la Edad Media, especialmente en la Europa occidental, *otras relaciones* más propias del futuro régimen liberal-capitalista, como eran los arrendamientos de corta duración y el trabajo a jornal, frente al trabajo gratuito propio de la servidumbre, abolida a finales de la Edad Media y principios de la Moderna en la Europa occidental³⁹.

Y, en segundo lugar, percibo ese cierto predominio a una vuelta a la simple historia política con mucho *pueblo* y mucha *lucha por la libertad*, en detrimento del análisis de las clases sociales, tanto en el mundo rural como en el urbano, siguiendo los pasos de Barnave, Staël, Tocqueville, Jaurès, Labrousse, Lefebvre, Soboul, Rudé y Vovelle, autores que tengo la sensación están desapareciendo de algunas explicaciones universitarias de la Revolución Francesa, si no sus nombres, sí los contenidos reales de sus aportaciones. Porque la Revolución Francesa no la hizo el *pueblo*, sino unas

³⁸ M. Vovelle, *Ideología y mentalidades*, Ariel, Barcelona, 1985 (1ª 1982), pp. 298 y 310-311. Es lógico que Vovelle, como historiador serio, señale también las ambigüedades, dudas y, en algunos casos, actitudes timoratas de los dirigentes revolucionarios franceses, pero, con todo, si llamamos timoratos a estos discursos, no sé cómo habría que definir a los que, en España y Cataluña, hacen hoy los dirigentes de unas izquierdas que en su día fueron marxistas.

³⁹ R. Hilton, «Introducción», en T. H. Aston y C. H. E. Philpin (eds.), *El debate Brenner*, Crítica, Barcelona, 1988 (1ª 1985), pp. 9-19, en concreto pp. 14-16.



concretas y determinadas clases sociales —las diversas burguesías— frente a otras clases o estamentos concretos —la nobleza y el clero—, con el fin de obtener el control político que no tenían en el régimen absoluto-estamental y de dejar de pagar rentas *extraeconómicas* feudales, mientras que los jornaleros no pagaban diezmos ni censos enfiteúticos, sino que trabajaban a jornal bajo el feudalismo y trabajarían a jornal bajo el capitalismo. Por tanto, la revolución la hicieron clases *ricas* burguesas —altas, medias o pequeñas, aunque las dos últimas participaron más activamente en las luchas—, porque no hay que olvidar que en el régimen absoluto-estamental —a diferencia del capitalista— *rico* no significaba *tener el control del poder*, ya que éste estaba reservado a la condición estamental noble, tanto en el aparato del Estado como en los señoríos jurisdiccionales, por mucho que algunos vasallos fueran más *ricos* que sus señores. Y, una vez que las diferentes clases burguesas hicieron la revolución y establecieron el régimen liberal, obviamente se plantearán las lógicas *diferentes alternativas* políticas *liberales*, que correspondían a los lógicos *diferentes intereses* —alta, media y pequeña burguesía, rural y urbana, etc.—, lo que llevó a enfrentamientos entre *estas* diversas *clases burguesas*, enfrentamientos que continuarán en el XIX, aunque a partir de las décadas de 1830-1840 aparezcan también otros entre trabajadores industriales y fabricantes y ya bien entrada la segunda mitad del siglo —y no antes— entre *proletarios* y *capitalismo*.

Con todo, si nos fijamos bien en las tres opciones económico-sociales liberales *reales* que se plantearon en la revolución, comprobaremos que ya tienen bastante que ver con nuestro presente sin necesidad de inventar luchas del proletariado contra la burguesía: libertad de mercado sin restricciones-*el mercado lo regula todo* (liberales moderados), libertad de mercado con *correcciones* para compensar los desequilibrios sociales que genera el mercado (jacobinos de Robespierre) e intervención del Estado en la economía en defensa de tenderos y artesanos frente al gran comerciante (*sans-culottes*). Y, por cierto —igual hoy, pero sobre todo a finales del XVIII—, me sigue pareciendo más *revolucionaria* la segunda que la tercera.